

Casa piloto

Obra de cámara · Obra de 5 personajes · 3 mujeres, 1 hombre, 1 indistinto · 30 min · Intermedio · Desde 12 años

Una tarde de octubre, en una urbanización nueva a las afueras de una ciudad, la persona de la agencia termina la última visita de la casa piloto: una pareja que quiere instalarse, una madre que busca una habitación para su hija, y la hija, que se va a vivir lejos dentro de tres semanas. A las siete, la puerta deja de abrirse. En cada habitación, algo espera a uno de ellos.

El salón amueblado de la casa piloto de Les Hauts du Pré (un sofá gris, dos sillas, un aparador, un ventanal que da a solares vacíos), una urbanización nueva en las afueras de una ciudad mediana, una tarde de finales de octubre, en la actualidad.

Reparto

NOA (Sin marca de género, Adulto) edad indeterminada, enseña la casa piloto para la agencia, todas las tardes.

VERA (Papel femenino, Adulto) 52 años, busca una casa con una habitación para su hija.

ZOÉ (Papel femenino, Joven adulto) 20 años, la hija de Vera; se va a vivir a Lisboa dentro de tres semanas.

ELENA (Papel femenino, Adulto) 36 años, visita la casa por tercera vez.

MARCO (Papel masculino, Adulto) 39 años, el compañero de Elena, lleva la simulación de la hipoteca en el móvil.

ESCENA 1 : LA VISITA

(El salón de una casa nueva. Un frutero con manzanas verdes, un grueso libro encuadernado sobre el aparador. La puerta de entrada con lector de tarjeta, una puerta hacia la cocina, un pasillo hacia el garaje, una escalera.)

(Noa entra desde la cocina, con una tableta en la mano. Elena y Marco detrás. Vera baja la escalera. Zoé la sigue, con las manos en los bolsillos.)

NOA. Y este es el corazón de la casa. Treinta y ocho metros cuadrados, orientación sur. El ventanal da al futuro parque.

MARCO. ¿El futuro parque es el solar de los charcos?

NOA. Es el futuro parque. Los árboles están encargados.

ELENA. Marco.

MARCO. Solo pregunto. En el folleto hay árboles. Por la ventana, hay barro.

NOA. Vuelvan en marzo y no lo van a reconocer. La fase 2 se entrega en primavera, el colegio abre en septiembre.

ELENA. En marzo ya estaremos aquí. Es nuestra tercera visita, Noa. Se acuerda de nosotros, ¿verdad?

NOA. Me acuerdo de todo el mundo.

MARCO. La primera vez nos dijo que la fase 2 se entregaba en primavera.

NOA. Y se entregará.

ELENA. Lo del colegio es importante. Por la habitación 2.

MARCO. La habitación 2 es un despacho.

ELENA. De momento, es un despacho.

MARCO. Es lo que digo.

VERA. ¿Cuántos quieren tener, si no es indiscreción?

ELENA. Uno. Para empezar.

MARCO. Nunca hemos dicho «para empezar».

ELENA. Nunca hemos dicho nada, Marco. Por eso lo digo delante de testigos.

VERA. Aprovechen. Un día cumplen veinte años y les explican que no necesitan

habitación.

ZOÉ. Yo nunca he dicho eso. He dicho: aquí no.

VERA. Es bonita, la habitación pequeña de arriba. Zoé, ¿has visto la luz que debe de entrar por la mañana?

ZOÉ. Es de noche, mamá.

VERA. Por la mañana, digo. Cuando sea de día.

ZOÉ. Por la mañana, yo estaré en Lisboa.

VERA. En vacaciones estarás aquí. En Navidad. Necesitas una habitación en algún sitio.

ZOÉ. Tendré una habitación. En Lisboa.

(En el piso de arriba, una nota de piano. Un la, una sola vez.)

(Elena levanta la cabeza hacia la escalera.)

ELENA. ¿Lo han oído?

NOA. Las tuberías. Una casa nueva se asienta, cruje, canta un poco. Al cabo de un mes, ya no se oye.

ELENA. Parecía una nota.

MARCO. Es una casa, no un conservatorio.

ELENA. Sé lo que es una nota.

MARCO. ¿Desde cuándo?

ELENA. Todo el mundo sabe lo que es una nota.

(En el pasillo del garaje, una luz se enciende sola. Se queda encendida un momento y luego se apaga.)

NOA. Detectores de presencia. Todas las luces de paso. No volverán a buscar un interruptor a oscuras en su vida.

ZOÉ. No había nadie en el pasillo.

NOA. Un gato fuera, una hoja que pasa por delante del cristal. Se ajustan en la entrega.

(Noa deja la tableta sobre el aparador.)

NOA. Les voy a pedir una cosa, a los cuatro. Es una tontería, lo pido en cada visita. Cierren los ojos.

MARCO. ¿En serio?

NOA. Diez segundos. No les compromete a nada.

(Elena cierra los ojos, luego Vera. Marco los cierra el último. Zoé mantiene los suyos abiertos y mira a Noa.)

NOA. Es un martes por la noche, en noviembre. Llueve. Vuelven a casa, dejan las llaves ahí, en el cuenco. Huele a algo en la cocina. Alguien ha puesto la mesa. Alguien los espera. ¿Se ven viviendo aquí?

(Un silencio.)

VERA. Sí.

ELENA. Sí.

MARCO. Ya veremos con el banco.

(Marco abre los ojos y saca el móvil.)

MARCO. He hecho la simulación. Veinticinco años, mil trescientos euros al mes. Ya le diré si me veo viviendo aquí en 2051.

NOA. Eso es un sí. Pueden abrir los ojos.

ZOÉ. ¿Eso se lo dice a todo el mundo?

NOA. A todo el mundo.

ZOÉ. ¿Y todo el mundo dice que sí?

NOA. Casi todo el mundo.

(Noa abre el libro que hay sobre el aparador y ofrece un bolígrafo.)

NOA. Antes de irse, el libro de visitas. La agencia le tiene cariño. Un nombre, una frase, lo que quieran.

(Elena coge el bolígrafo y escribe.)

MARCO. ¿Qué pones?

ELENA. «Elena y Marco. Ya nos vemos viviendo aquí.»

MARCO. ¿Ahora firmas por mí?

ELENA. Te he puesto el primero, mira. Ya puedes estar contento.

(Le pasa el bolígrafo a Vera, que escribe a su vez.)

VERA. «Vera y Zoé.» Zoé, ven a poner algo.

ZOÉ. Yo no compro nada. Yo no firmo nada.

VERA. Está así desde los doce años.

ZOÉ. Desde los nueve.

(Vera deja el bolígrafo en el libro abierto.)

MARCO. Última pregunta, y no le entretenemos más. El precio, ¿es cerrado?

NOA. Es la última casa de la fase 1. Esta noche hay dos familias interesadas, no les descubro nada.

(Elena y Vera se miran.)

NOA. Pero puedo decirles que el vendedor tiene margen con los gastos. Estamos hablando de unos doscientos setenta mil francos.

(Un silencio.)

MARCO. ¿Francos?

NOA. Euros. Perdón. Doscientos setenta mil euros.

MARCO. Hace bastante que ya nadie cuenta en francos.

NOA. Cuesta perder las costumbres. Mis padres contaron en francos hasta el final.

ZOÉ. ¿Sus padres compraron aquí?

NOA. No. Aquí no.

(Noa mira el reloj.)

NOA. Las siete. Cerramos.

ESCENA 2 : LA PUERTA

(Noa va a la puerta de entrada y pasa una tarjeta por delante del lector. Un pitido grave. La puerta sigue cerrada.)

NOA. Hace esto cuando se le mete prisa.

(Noa vuelve a pasar la tarjeta. El mismo pitido.)

MARCO. ¿Puedo probar yo?

NOA. Es una tarjeta, no una llave. No hay nada que forzar.

(Marco gira el pomo, tira, empuja. Va al ventanal, busca una manilla, no la encuentra.)

MARCO. ¿Y el ventanal cómo se abre?

NOA. Se bloquea con la puerta. Todo se cierra a la vez a las siete. Es por seguridad.

MARCO. ¿Y a qué hora se abre todo a la vez?

NOA. Por la mañana, cuando llego.

(Zoé saca el móvil, lo levanta, le da vueltas en todas direcciones.)

ZOÉ. No hay cobertura.

ELENA. Yo tampoco tengo cobertura. En el coche teníamos cuatro rayitas.

MARCO. Mi simulación sigue funcionando. Algo es algo.

NOA. Son las paredes. Aislamiento reforzado. Frena el frío, y de paso todo lo demás.

VERA. Llame a la agencia.

NOA. Mi teléfono está en el coche. El blanco, allí, al fondo del aparcamiento.

(Zoé va al ventanal y mira fuera.)

ZOÉ. ¿El que está cubierto de hojas?

NOA. Son de los álamos.

ZOÉ. No hay árboles. Ha dicho que estaban encargados.

NOA. Las hojas tienen que venir de alguna parte. El viento las trae de la carretera.

ZOÉ. Le llegan hasta las ruedas.

(Marco coge una silla, la levanta y la lanza contra el ventanal. La silla rebota y cae. El cristal ni se inmuta. Vibra, y da una nota larga, que se apaga despacio.)

ELENA. Es un la.

MARCO. ¿Qué?

ELENA. El cristal. Ha dado un la. El mismo que antes, arriba.

MARCO. Algún día me explicarás cómo sabes eso.

NOA. Es vidrio laminado. No se rompe, canta. Y es un cristal de mil cien euros, prefiero que abra el vigilante.

(Zoé levanta la silla y la vuelve a dejar en su sitio.)

NOA. El vigilante da la vuelta a la urbanización a las ocho. Ve la luz, abre. Una hora, no más. La cafetera funciona, ¿les preparo un café?

MARCO. No quiero café, quiero salir. Las cerraduras eléctricas, en caso de incendio, se liberan cuando se corta la corriente. Es obligatorio. ¿Dónde está el cuadro eléctrico?

NOA. En el garaje. Al fondo, a la izquierda del banco de trabajo.

MARCO. ¿Hay un banco de trabajo en una casa piloto?

NOA. Creo que no, la verdad.

(En la cocina suena un teléfono. Un timbre antiguo, de campanilla. Dos timbrazos, un silencio, dos timbrazos.)

(Todos se vuelven hacia Noa.)

NOA. No hay ningún teléfono en la cocina. No hay línea. Nunca ha habido línea.

(Dos timbrazos, un silencio, dos timbrazos.)

VERA. Conozco ese timbre.

ZOÉ. Mamá, espera.

(Vera entra en la cocina. El timbre se corta en mitad de un timbrazo. Silencio.)

ZOÉ. ¿Mamá?

(Un silencio. Vera vuelve. No trae nada en las manos.)

VERA. Hay un teléfono en la pared. Amarillo. Con el cable todo enroscado, que baja hasta las baldosas. Y encima, en la pared, están los números a lápiz. El médico, la vecina, mi tía. Es su letra. Hacía los siete con una

rayita.

ZOÉ. ¿Lo has cogido?

VERA. Lo he cogido. No ha hablado nadie. Había una radio, lejos. Agua corriendo. Y platos. Alguien estaba poniendo la mesa. Primero los platos, luego los vasos. Siempre lo hizo en ese orden.

ZOÉ. La abuela murió hace once años.

VERA. Sé cuándo murió, Zoé.

ZOÉ. Entonces es una broma. Alguien ha puesto un teléfono viejo en la cocina y lo hace sonar con una aplicación.

VERA. He dicho «¿diga?». El ruido de los platos ha parado. Como cuando alguien escucha.

(Marco entra en la cocina. Un silencio. Vuelve.)

MARCO. Hay un teléfono amarillo.

ELENA. ¿Lo ves? Es cosa de la agencia. Un montaje, para las visitas. ¿Noa?

NOA. La agencia no tiene presupuesto ni para manzanas. Son de plástico.

(Elena coge una manzana del frutero. Es de plástico. La vuelve a dejar.)

MARCO. Voy al cuadro.

ELENA. Voy contigo.

MARCO. Quédate aquí. No hay nada. Es un garaje.

(Marco sale por el pasillo del garaje. La luz del pasillo se enciende a su paso y luego se apaga.)

ESCENA 3 : EL GARAJE, LA HABITACIÓN

(Un silencio. Luego, desde el garaje, una voz de radio: la retransmisión de un partido, un público a lo lejos.)

ELENA. ¿Ha encendido una radio?

NOA. El garaje está vacío. Lo he abierto esta mañana para ventilar.

ELENA. El garaje no lo hemos visitado.

NOA. Nadie visita los garajes. La gente mira la cocina y las habitaciones. El garaje lo descubren el día de la mudanza.

VERA. ¿Hace mucho que hace esta visita?

NOA. Todas las tardes. Por la mañana, las familias con carritos. Por la tarde, la gente que trabaja. La última visita siempre me toca a mí.

VERA. ¿Y nunca ha habido nada, en las habitaciones?

NOA. Camas hechas. Edredones blancos. Un marco con una foto de familia, la misma en todas nuestras casas. Manzanas.

ZOÉ. De plástico.

NOA. No se estropean.

(La luz del pasillo se enciende. Marco vuelve del garaje, despacio. Detrás de él, la radio sigue.)

ELENA. ¿Y?

MARCO. El cuadro está a la izquierda del banco de trabajo.

ELENA. ¿Has cortado la luz?

MARCO. Lo he cortado todo. Todos los interruptores, hacia abajo. La radio sigue.

(Las lámparas del salón, en cambio, siguen encendidas.)

MARCO. Es el banco de trabajo de mi padre.

ELENA. Marco.

MARCO. El panel verde, el de los agujeritos, encima. Dibujaba el contorno de cada herramienta con rotulador negro. Los alicates, la sierra, los destornilladores del más grande al más pequeño. Así, al entrar, veía enseguida lo que faltaba.

VERA. ¿Y falta algo?

MARCO. El martillo. Está el dibujo del martillo, y nada dentro.

ZOÉ. ¿Por qué el martillo?

MARCO. Porque me lo llevé yo. El día que me fui de su casa. Tenía diecinueve años. Me lo llevé para que viera el hueco en el panel al volver, todas las noches. Lo vio durante veinte años. No fui al entierro.

ELENA. Me dijiste que casi no lo habías conocido.

MARCO. Lo conocí lo bastante para saber qué era lo que más le iba a doler.

La radio es el partido del domingo. Lo escuchaba mientras cepillaba madera. Subía el volumen cuando marcaban los suyos.

(El público, a lo lejos, en la radio, crece y se apaga.)

(En el piso de arriba, la nota de piano. Un la. Cinco segundos, otro. Cuatro segundos, otro. Tres. Dos. El intervalo se acorta.)

MARCO. ¿Y eso también son las tuberías?

(Elena mira la escalera. Va hacia ella.)

MARCO. Elena, no subas.

ELENA. Ahora vuelvo.

(Elena sube. Las notas se detienen. Un largo silencio. Ya solo se oye la radio, muy baja.)

VERA. ¿No tiene nada que decir, Noa?

NOA. No sé qué hay que decir en este punto de la visita. Normalmente, en este punto, la gente ya se ha ido.

(Elena baja. Se detiene en el último escalón.)

ELENA. Es mi piano.

MARCO. Tú no tienes piano.

ELENA. Un vertical, negro, con dos candelabros de cobre que no sirven para nada. El la del centro se queda pegado. Hay que levantarlo con la uña. La partitura está abierta, por la página cuatro. Ahí es donde me quedé.

MARCO. ¿Dónde te quedaste?

ELENA. En un concurso. Tenía diecisiete años. Había un jurado de tres personas, con botellas de agua. En la página cuatro, las manos dejaron de moverse. Cerré la tapa y salí del escenario. No volví a tocar un piano en mi vida.

MARCO. Me dijiste que no habías tocado nunca. En casa de mi hermana, delante del piano del pequeño, dijiste: no sé ni dónde está el do.

ELENA. Sé dónde está el do.

MARCO. Me mentiste.

ELENA. Tú me dijiste que tu padre era alguien a quien casi no habías conocido.

(Un silencio.)

ZOÉ. La cocina es para ti, mamá. El garaje, para él. El dormitorio grande, para ella.

(Zoé levanta la vista hacia el piso de arriba.)

ZOÉ. Queda la habitación 2.

ESCENA 4 : LAS ESTRELLAS

VERA. Zoé. Sube a ver.

ZOÉ. No.

VERA. Si es para ti, tienes que verla.

ZOÉ. Precisamente porque es para mí. No subo.

ELENA. ¿No quiere saberlo?

ZOÉ. Sé lo que hay. No necesito verlo.

VERA. Pues voy yo.

(Vera da un paso hacia la escalera. Zoé la agarra del brazo.)

ZOÉ. Tú te quedas aquí.

(Las lámparas del salón bajan suavemente, todas a la vez.)

NOA. Las siete y media. La casa pasa a modo noche. Lo hace ella sola, no se puede impedir.

(En la penumbra, aparecen estrellitas en las paredes y en el techo del salón. Giran despacio. Una música de caja de música, fina, un poco desafinada, baja del piso de arriba.)

ELENA. Qué bonito.

MARCO. No es bonito, Elena.

ZOÉ. Apague eso.

NOA. Yo no he encendido nada.

VERA. Tu luna. La luna azul, con las estrellas recortadas dentro. No podías dormirte sin ella.

ZOÉ. La rompí.

VERA. Se cayó. La tiraste dormida.

ZOÉ. La estampé contra la pared. El invierno que estuviste en casa de la abuela. Dijiste dos semanas. Te quedaste cuatro meses. Papá me la encendía todas las noches y me decía: tu madre está mirando la misma luna, allí. Era mentira. La abuela no tenía luna, tenía una tele y un teléfono amarillo. Así que una noche la tiré. El plástico se rajó, y la música siguió sonando. Debajo de la cama. Rota, cada vez más lenta, durante una hora. Me tapaba los oídos y la oía igual.

(La música se ralentiza, como una pila que se gasta. Luego vuelve a la velocidad normal.)

VERA. Nunca lo supe.

ZOÉ. Nunca preguntaste dónde había ido a parar.

VERA. Pensé que ya eras demasiado mayor para eso.

ZOÉ. Tenía nueve años, mamá.

VERA. Tu abuela ya no reconocía a nadie. Ponía tres cubiertos por la noche, para ella, para mí y para alguien que no venía. No podía dejar que pusiera la mesa ella sola.

ZOÉ. A mí sí podías dejarme.

(Un silencio. Las estrellas les pasan por la cara.)

VERA. He firmado, Zoé.

ZOÉ. ¿Qué?

VERA. Hace quince días. Pagué la señal. La casa es mía. Por eso quería que la vieras. Tu habitación es la habitación 2. La elegí para ti.

ELENA. ¿Está vendida?

MARCO. ¿Nos ha hecho venir tres veces por una casa vendida?

ELENA. Ya habíamos elegido el color de la habitación 2. Verde agua. Trajimos la carta de colores en la segunda visita.

VERA. Es amarilla, la habitación 2. Amarillo pálido. La pedí amarilla.

ELENA. Es verde agua. La he visto antes, al subir. La puerta estaba abierta.

ZOÉ. Es del color que cada cual quiera. De eso se trata.

NOA. No está vendida. No le he hecho firmar a nadie.

VERA. Sí. Usted. Una tarde. La última visita. Solo estaba yo. Me hizo cerrar los ojos, me habló del martes por la noche en noviembre, de la lluvia, de alguien que pone la mesa. Dije que sí. Me dio un papel, firmé sobre el aparador.

NOA. No me acuerdo de usted.

VERA. Llevaba la misma chaqueta. Me dijo: las siete, cerramos. Y abrió la puerta.

NOA. No me acuerdo de ninguna tarde.

ELENA. Antes ha dicho que se acordaba de todo el mundo.

NOA. Es lo que decimos en la agencia. A la gente le gusta que se acuerden de ella.

(Un silencio.)

NOA. Me acuerdo de que es la última visita. Siempre es la última visita.

ELENA. Entonces, ¿qué casa es la que estamos visitando nosotros?

ZOÉ. La misma. Siempre es la misma.

(Zoé va al aparador. Abre el libro de visitas.)

ESCENA 5 : EL LIBRO DE VISITAS

(Zoé pasa las páginas del libro a la luz de su móvil. Las estrellas siguen girando.)

ZOÉ. «Vera y Zoé.» Esta tarde. Encima: «Elena y Marco. Ya nos vemos viviendo aquí.» Esta tarde también. Más arriba: «Elena y Marco. Ya nos vemos viviendo aquí.» Y más arriba todavía. Tres veces. La misma letra.

MARCO. ¿Firmaste en cada visita?

ELENA. No me acuerdo.

MARCO. ¿Te acuerdas de haber firmado esta tarde?

ELENA. Sí. Esta tarde, sí.

ZOÉ. «Vera. Para Zoé.» Hace quince días. Con un corazoncito en la Z.

VERA. Era para ti.

(Zoé pasa páginas, cada vez más deprisa.)

ZOÉ. Hay cientos de nombres. Familias, parejas, gente sin nadie. «Ya nos vemos viviendo aquí.» «Ya nos vemos viviendo aquí.» Todo el mundo ha escrito la misma frase. Cuanto más atrás, más pálida está la tinta. Hay fechas. 2019. 2011. 2004.

(Zoé vuelve atrás, sigue una línea con el dedo, luego otra.)

ZOÉ. Los nombres se repiten. Cada uno dos veces, tres veces, cuatro veces, con unas semanas de diferencia. Todos firmaron varias veces. Y después de la última, nada más.

VERA. Nada más quiere decir que compraron.

ZOÉ. Quiere decir que no se fueron nunca.

(Elena se inclina sobre el libro, pone el dedo en una línea.)

ELENA. Los Ferrand. «Los Ferrand, ya nos vemos viviendo aquí.» Eran nuestros vecinos, cuando yo era pequeña. Se mudaron un verano y nos dejaron el perro para el fin de semana. Nunca volvieron a buscarlo. Mi madre decía que habían encontrado una casa nueva, en alguna parte.

MARCO. ¿Cuánto tiene la urbanización, dos años?

NOA. Es nueva. La fase 1 se acaba de entregar.

ZOÉ. ¿Desde cuándo trabaja aquí, Noa?

NOA. Desde la inauguración.

ZOÉ. ¿Y cuándo fue la inauguración?

NOA. En primavera.

ZOÉ. ¿Qué primavera?

(Noa no contesta.)

ELENA. El colegio abre en septiembre. Lo ha dicho antes.

MARCO. Y la fase 2, en primavera. Y el precio, en francos.

ZOÉ. ¿Y cómo vuelve a casa por la noche?

NOA. Cojo el coche. El blanco.

ZOÉ. Tiene hojas hasta en las ruedas. ¿Cuánto tiempo hace que no se mueve?

NOA. Por la mañana, cuando llego, ya es de día. Las manzanas están en el frutero. Las camas están hechas. Por la tarde hago la última visita, y digo:

las siete, cerramos. Y luego es por la mañana.

VERA. ¿Y entre una cosa y otra, qué hace?

NOA. No hay nada entre una cosa y otra.

(Zoé llega a la primera página. Se detiene.)

ZOÉ. La primera página. Tres líneas, la misma letra. «Visita de tarde. Ya me veo viviendo aquí. Noa.» La última, del 24 de octubre de 1998.

ELENA. Hoy es 24 de octubre.

(Zoé gira el libro hacia Noa. Noa se acerca y mira la página.)

NOA. Es mi letra.

ZOÉ. Fue usted quien vino de visita. Aquellas tardes, la visita era usted.

NOA. Vine de visita, sí. Tres tardes. O lo soñé.

(Un silencio.)

NOA. Buscaba algo pequeño. Una habitación, una cocina, una ventana. Nadie conmigo. Había alguien de la agencia, con una tarjeta y una chaqueta como la mía. No recuerdo su cara. Recuerdo su voz. Cierre los ojos. Es un martes por la noche, en noviembre. Llueve. Alguien ha puesto la mesa. Alguien le espera. Cerré los ojos y había alguien que me esperaba. Por primera vez en mi vida, había alguien. Dije que sí.

VERA. ¿Y cuando abrió los ojos?

NOA. Me dieron la tarjeta. Y la puerta se abrió. Alguien salió. No miré quién.

MARCO. ¿Y la persona que le esperaba?

NOA. Nunca la encontré. Hago las visitas. La busco en cada habitación, en cada visita. Solo hay edredones blancos y manzanas.

(Noa pasa la mano por la página, por su propia línea.)

NOA. Todos ustedes tienen una habitación. Yo solo tengo el salón.

ESCENA 6 : CERRAMOS

(Noa mira el reloj. Zoé va al ventanal. Fuera, el aparcamiento, el coche blanco bajo las hojas. Ni una linterna. Nadie.)

NOA. Las ocho.

ZOÉ. No hay nadie.

NOA. Nunca he visto al vigilante. Me dijeron que pasaba a las ocho.

(En la cocina suena el teléfono. Dos timbrazos, un silencio, dos timbrazos. En el garaje, la radio vuelve a subir. En el piso de arriba, el la del piano, y la caja de música por debajo. Todo a la vez, no muy fuerte.)

ELENA. Quiero terminar la página cuatro.

MARCO. Elena.

ELENA. Solo la página cuatro. Me sé de memoria lo que viene después. La he tocado en mi cabeza durante diecinueve años, en el autobús, en la ducha, en las reuniones. Nunca he podido tocarla con las manos.

MARCO. Si subes, no vuelves a bajar.

ELENA. Eso no lo sabes.

MARCO. Todos volvieron, Elena. Dos veces, tres veces. Y la última vez, nadie se fue. Es nuestra tercera visita.

ELENA. Tú no querías esta casa. No querías un hijo. No querías nada que se quedara. Dime lo que quieres tú, una vez, y no subo.

(Un silencio. La radio, en el garaje, el público que ruge.)

MARCO. Me quedé el martillo. Está en el maletero del coche. Veinte años cambiándolo de maletero cada vez que cambio de coche. No lo he usado nunca.

ELENA. No es eso lo que te he preguntado.

MARCO. Es todo lo que tengo.

NOA. Hay un martillo en el armario del garaje. Uno nuevo, con la etiqueta. Viene con la casa.

MARCO. No es el suyo.

NOA. El dibujo del panel no nota la diferencia.

(Un silencio. Marco saca el móvil, mira la simulación de la hipoteca. Lo deja sobre el aparador, al lado del libro de visitas.)

MARCO. Me has preguntado qué quiero. Quiero que una noche él entre en su garaje y ya no vea el hueco. Una vez. Eso es lo que quiero.

ELENA. Sabes lo que cuesta.

MARCO. Sé hacer cuentas. Es lo que mejor se me da.

ELENA. Tocaba todos los días. Cuatro horas, antes del colegio y después. El piano es lo único en lo que te he mentido.

MARCO. Yo te mentí con lo del hijo. Decía que no quería. No quería que tuviera un padre que se va con el martillo.

ELENA. Habría tenido la habitación 2.

MARCO. Verde agua.

(La luz del pasillo del garaje se enciende, sola, y se queda encendida.)

ELENA. Nos vemos después.

MARCO. ¿Después de qué?

ELENA. Después de la página cuatro.

(Marco sale por el pasillo del garaje, sin esperar. Elena sube la escalera sin volverse.)

(En el garaje, martillazos sobre un clavo. Tres golpes. La radio se apaga de golpe.)

(En el piso de arriba, el la ya no se pega. El piano suena. Una frase, luego la siguiente, sin parar.)

(Un pitido claro. La puerta de entrada se abre sola. Entra un viento frío, y con él hojas secas.)

NOA. Zoé. Usted no ha firmado nada.

ZOÉ. Venga conmigo.

NOA. Alguien tiene que cerrar.

(Zoé coge la mano de su madre.)

ZOÉ. Ven.

(La arrastra hasta el umbral. En la cocina suena el teléfono. Vera se detiene.)

VERA. Ve tú. Contesto y te alcanzo.

ZOÉ. Dijiste dos semanas.

VERA. Lo sé.

ZOÉ. Dijiste dos semanas, mamá, y te quedaste cuatro meses.

VERA. Pone la mesa ella sola, Zoé. Siempre ha puesto tres cubiertos.

ZOÉ. El tercero era para mí.

VERA. Antes, cuando Noa nos ha hecho cerrar los ojos, he visto la cocina de mi madre. Los platos, el cable del teléfono, el mantel de cuadros. Te he buscado en la cocina, Zoé. No te he encontrado. No estabas en la imagen.

ZOÉ. No quiero una habitación. Quiero que vengas.

VERA. Ve delante. Voy justo detrás de ti.

(Vera suelta la mano de Zoé. Le sube el cuello del abrigo a su hija y se lo cierra hasta arriba.)

VERA. Hace frío fuera.

(Zoé sale. La puerta se cierra. Un pitido grave.)

(Vera entra en la cocina. El timbre se detiene.)

VERA. ¿Diga? ¿Mamá? Sí, soy yo. No, quédate sentada. Ya pongo yo los vasos.

(Solo queda Noa en el salón. El piano, arriba. La caja de música. Las estrellas giran.)

(Noa recoge el bolígrafo y lo deja en el libro abierto. Noa vuelve a poner una manzana de plástico en el frutero y apaga la última lámpara.)

(Fuera, contra el ventanal, una mano se apoya plana en el cristal. Las estrellas le pasan por encima, una a una.)

(Noa mira la mano. La mano se desliza por el cristal, hacia la puerta, y desaparece.)

(Suena el timbre de la puerta.)

(Noa se estira la chaqueta, va a la puerta y pasa la tarjeta. Un pitido claro. La puerta se abre y se enciende la luz de la entrada. Zoé está en el umbral, con el abrigo cerrado hasta arriba y hojas en el pelo.)

NOA. Buenas noches. ¿Viene por la visita?

ZOÉ. Sí.

NOA. Pase. Cierre los ojos.

(Zoé entra. Cierra los ojos.)

(*Negro.*)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.